

ya á Belen, algunas veces á Roma, otras á Jafa ó al convento de San Juan, en el desierto: sus únicas ocupaciones son los oficios de la Iglesia y pasear por los huertos ó las azoteas del convento. Nada de libros, nada de estudios, ninguna ocupacion útil: el tedio los devora; el interior del convento hierve en chismes y cábalas; los españoles maldicen de los italianos, y estos de los españoles. Poquísimos nos edificó el modo como hablaban unos de otros los frailes de Nazaret: no hallamos ni uno solo que pudiese sostener la menor conversacion razonable, ni aun sobre los asuntos que su vocacion debia hacerles familiares: ningun conocimiento tienen de la antigüedad sagrada, de los Padres, de la historia de los sitios que habitan: todo se reduce para ellos á cierto número de tradiciones populares y ridículas que se transmiten sin cesámen, y que dan á los viajeros como las han recibido de la ignorancia y la credulidad de los árabes cristianos del pais. Todos suspiran por el momento de su libertad y vuelven á Italia ó á España sin ningun fruto para sí ni para la religion. Por lo demas, los graneros del convento están bien provistos; las bodegas contienen los mejores vinos que produce aquella tierra: ellos solos saben hacerle. De dos en dos años llega buque de España que lleva al padre superior los caudales que les envian las potencias católicas España, Portugal é Italia: esta suma, aumentada con las piadosas li-

mosnas de los cristianos de Egipto, de Grecia, de Constantinopla y de Siria, les suministra, á lo que he oido, una renta de sobre millon y medio de reales, que se reparte ente los diferentes conventos, con arreglo al número de frailes y las necesidades de la comunidad. Las fábricas están bien conservadas, y todo indica el bienestar y aun la riqueza relativa en las casas que he visitado.

Pero no he visto ningun escándalo en las casas de los religiosos que he visitado en la Tierra Santa. La ignorancia, el ocio, el fastidio, hé aquí las tres plagas que convendria y se podia desterrar de ellas.

Estos hombres me han parecido sencillos y sinceros, pero fanáticamente crédulos: algunos, en Nazaret, me han parecido unos verdaderos santos animados de la fé mas ferviente y de la mas activa caridad,—humildes, mansos, sufridos, servidores voluntarios de sus hermanos y de los extranjeros. Llevo impresas sus fisonomías de paz y de candor en mi memoria, y su hospitalidad en mi corazon. Tambien conservo sus nombres;—pero ¿qué les importa que sus nombres circulen por la tierra, con tal que el cielo los conozca, y que sus virtudes queden sepultadas en la sombra del claustro donde se complacen en ocultarlas?

La misma fecha.

A la salida de Nazaret, costeamos una montaña cubierta de higueras y de nópalos. A la izquierda se abre un frondoso y verde valle; un lindo caserío, que recuerda á la vista nuestras quintas de Europa, está asentado solo en una de las faldas de este valle: pertenece á un comerciante árabe de San Juan de Acre. Los europeos no corren ningun peligro en las cercanías de Nazaret; una poblacion casi toda cristiana está á su servicio. En dos horas de camino llegamos á una série de vallecitos que circulan graciosamente entre collados cubiertos de hermosas selvas de encinas, que separan la llanura de Kaifá del país de Nazaret y del desierto del monte Tabor. El monte Carmelo, alta cordillera de montañas que arranca desde la corriente del Jordan y va á rematar perpendicularmente sobre el mar, empieza á destacar á nuestra izquierda. Su línea superior, de un color verde oscuro, se dibuja sobre un cielo de un azul sombrío en el que ondean calientes vapores como el vapor que sale de la boca de un horno: sus escarpadas laderas están sembradas de una robusta vegetacion, dominada de trecho en trecho por las airosas capas de las encinas; grises peñones, tallados por la natura-

leza en formas estrañas y colosales, traspasan de cuando en cuando esta verdura y reflejan los esplendentes rayos del sol. Tal era el aspecto que teniamos á nuestra izquierda hasta donde alcanzaba la vista; á nuestros piés, los valles que seguian descendian en suaves declives y empezaban á abrirse sobre la hermosa llanura de Kaifá: subiamos los últimos picos que nos separaban de ella, y no la perdiamos de vista un momento mas que para volverla á hallar en breve. Estos cerros entre la Palestina y la Siria marítima, son uno de los sitios mas amenos y solemnes juntamente que hemos contemplado en nuestro viage. De trecho en trecho, las selvas de encinas abandonadas á su sola vegetacion forman estensos claros, cubiertos de una yerba tan tupida como en nuestras paredes de Occidente; detras, la cima del Tabor se alza como un magestuoso altar coronado de verdes guirnaldas en un cielo de fuego; mas lejos la cima azul de los montes de Gelboé y de las colinas de Samaria, tiembla en la vagueza del horizonte. El Carmelo tiende su sombría cortina de anchos pliegues sobre uno de los lados de la escena, y la vista, siguiéndole, llega hasta el mar que lo termina todo, como el cielo en los hermosos países. ¡Cuántos sitios he elegido allí, en mi pensamiento para construir una casa, una fortaleza agrícola, y fundar una colonia, con algunos amigos de Europa y algunos centenares de esos jóvenes desheredados de

todo porvenir en nuestros países demasiado llenos! La hermosura de los sitios y del cielo, la prodigiosa fertilidad del suelo, la variedad de los productos equinocciales que se pueden aquí pedir á la tierra; la facilidad de proporcionarse trabajo á bajo precio; la procsimidad de dos inmensas praderas, fecundas, regadas é incultas; la cercanía del mar para la esportacion de los géueros; la seguridad que fácilmente se obtendria contra los árabes del Jordan, alzando ligeras fortificaciones á la salida de las gargantas de estas colinas, todo me hizo elegir esta parte de Siria para la empresa agrícola y civilizadora que luego he decidido plantear.

La misma fecha, al anochecer.

Nos ha sorprendido una tempestad en medio del dia:—pocas he visto tan terribles. Las nubes se han elevado perpendicularmente, como torres, encima del monte Carmelo; pronto han cubierto toda la larga cresta de esta cordillera; la montaña, un momento antes tan serena y esplendente, se ha sumergido poco á poco en rodantes olas de tinieblas surcadas de trecho en trecho por regueros de fuego. Todo el horizonte se ha rebajado en pocos momentos y se ha estrechado sobre nosotros: el trueno no tenia sucesivos ruidos, era un solo

estampido magestuoso, continuo y atronador como el estruendo de las olas en la orilla del mar, durante una recia tempestad. Los relámpagos chorreaban verdaderamente como arroyos de lumbre del cielo, sobre las negras laderas del Carmelo; los robles de la montaña y los de las colinas donde estábamos todavía, se doblaban como juncos; el viento que salia de los desfiladeros y de las cavernas nos hubiera tumbado, si no nos hubiéramos apeado de nuestros caballos, y no hubiéramos hallado un poco de abrigo detras de las paredes de un peñasco, en el cauce desecado de un torrente. Las hojas secas, levantadas por la borrasca, giraban sobre nuestras cabezas como nubes, y las ramas de los árboles llovian al rededor nuestro. Acordéme de la Biblia y de los prodigios de Elias, el profeta esterminador en su montaña; su gruta no estaba distante.

No duró la tempestad mas que media hora; bebimos el agua de la lluvia, recojida en las mantas de fieltro de nuestros caballos. Descansamos algunos momentos, á cosa de mitad del camino de Nazaret á Caifá, y proseguimos nuestra marcha dando vuelta al pié del monte Carmelo, teniendo á nuestra izquierda la montaña, y una espaciosa llanura con un rio á la derecha. El Carmelo, que seguíamos así durante unas cuatro horas de camino, nos presentó por todas partes el mismo aspecto severo y solemne; es una pared gigantesca y casi perpendicular, cubierta por dó quiera de una capa

de arbustos y de yerbas aromáticas. En ningún punto se vé la roca pelada; algunos fragmentos, desprendidos de la montaña, han resbalado hasta la llanura:—son como ciudadelas dadas por la naturaleza para servir de base y de abrigo á aldeas de árabes cultivadores. Solo hallamos una de esas aldeas, à cosa de dos horas antes de distinguir la ciudad de Kaifá. Las casas son bajas, sin ventanas, y están cubiertas de un terrado que las guarda de la lluvia: encima, los árabes levantan, con ramas sostenidas con troncos de árboles, un segundo piso de verdura que habitan en verano.—Aquellos terrados estaban cubiertos de hombres y mugeres que nos miraban pasar, llenándonos de injurias. El aspecto de esta poblacion es feroz, pero nadie se atrevió á bajar del cerro para insultarnos mas de cerca.

A las siete, nos acercábamos á Kaifá, cuyas cúpulas, minaretes y blancas murallas forman, como en todas las ciudades del Oriente, un aspecto brillante y alegre à cierta distancia. Kaifá se alza al pié del Carmelo, sobre una playa de arena blanca en la orilla del mar: esta ciudad forma la estremidad de un arco, cuya estremidad opuesta es San Juan de Acre. Las separa un golfo de dos leguas de ancho; este golfo es una de las mas deliciosas riberas del mar en que puede descansar la vista de los marinos. San Juan de Acre, con sus fortifi-

caciones acribilladas por el cañon de Ibrahim-Bajá y de Napoleon, con el calado cimborio de su mezquita derruida, con las velas que entran y salen de su puerto, atrae los ojos sobre uno de los puntos mas importantes é ilustrados por la guerra: en el fondo del golfo se ve una espaciosa llanura cultivada;—el monte Carmelo proyectando su gran sombra sobre esta llanura;—luego Kaifá, como una hermana de San Juan de Acre, abrazando el otro lado del golfo, y avanzando en el mar con su pequeño muelle, en el que se mecen algunos bergantines árabes;—encima de Kaifá, un bosque de gruesos olivos; mas arriba aún, un camino labrado en la roca, que remata en la cima del tope del Carmelo,—en él dos vastos edificios coronan la montaña, —uno, casa de recreo de Abdallá, bajá de Acre; —otro, convento de los religiosos del monte Carmelo, construido recientemente con las limosnas de la cristiandad, y coronado por una ancha bandera tricolor, para anunciarnos el asilo y la proteccion de los franceses; un poco mas abajo que el convento, inmensas cavernas abiertas en el granito de la montaña, que son las famosas grutas de los profetas. Tal es el paisage que nos llama la atencion al entrar en las polvorosas y angostas calles de Kaifá. Los habitantes atónitos miraban desfilarnos nuestra larga caravana. A nadie conociamos; ningún asilo, ninguna hospitalidad teniamos derecho á reclamar. La casualidad nos hizo encontrar à un

jóven piamontes, que hacia veces de vice-cónsul en Kaifá, desde la toma y destruccion de Acre. M. Bianco, cónsul de Cerdeña en Siria, le habia escrito sin que lo supiéramos, recomendándonos á él para el caso de que pasásemos por Kaifá. Llegóse á nosotros, nos preguntó nuestros nombres, y nos condujo á la puerta de la casita arruinada donde vivia con su madre y dos hermanas jóvenes. Dejamos nuestros caballos y nuestros árabes acamparse en la orilla del mar, junto á la ciudad, y entramos en la casa del Sr. Malagamba, que así se llama este jóven y amable vice-cónsul, el único europeo que queda en este campo de batalla desolado, desde la completa ruina de Acre por los egipcios.

Un pequeño patio, una escalera de madera, conducen á una azotea cubierta de hojas de palmera; detras de esta azotea, hay dos cuartos desmantelados y rodeados solamente de un divan, único mueble indispensable del pobre, como del rico, en todo el Oriente;—algunos tiestos de flores en la azotea;—una pajarera poblada de lindas palomas grises, criadas por las hermanas del señor Malagamba;—varias tablas alrededor de las paredes en que están colocadas con órden tazas, pipas, copillas de licor, pebetes de plata para los perfumes, y crucifijos de madera, embutidos de nacar, hechos en Belén:—tal era todo el mueblage de aquella pobre casa, donde una familia solitaria representa, por mil

piastras de sueldo (sobre mil doscientos reales) una de las potencias de nuestra Europa.

Madama Malagamba, la madre, nos recibió con las ceremonias acostumbradas en el pais; presentónos los perfumes y las aguas de olor, y apénas estábamos sentados en el divan, enjugándonos el sudor de las frentes, cuando sus dos hijas, dos celestiales apariciones, salieron de la pieza inmediata y nos presentaron agua de azahar y dulces secos en bandejas de porcelana de la China. Tal es el imperio de la hermosura sobre nuestra alma que, aunque devorados por la sed y rendidos por una caminata de doce horas, nos hubiéramos quedado en muda contemplacion delante de aquellas dos preciosas criaturas, sin llevar el vaso á nuestros labios, si la madre no hubiera instado á aceptar lo que nos presentaban sus hijas. Allí estaba el Oriente todo entero, tal cual yo me le imaginaba en mis juveniles años, llena la fantasía de las encantadas imágenes de sus novelistas y de sus poetas. Una de las hermanas era todavía muy niña; no era mas que el gracioso acompañamiento de la mayor, como aquellas imágenes que reflejan otra. Despues de habernos ofrecido todos los agasajos de la hospitalidad, la mas sencilla y poética sin embargo, las dos hermanas fueron tambien á sentarse junto á su madre en el divan, en frente de nosotros. ¡Ojalá me fuera dado poder representar con palabras aquel cuadro, para conservarle en estas notas

como lo veo en mi pensamiento! Pero tenemos en nosotros la facultad de sentir la belleza en todos sus matices, en todas sus delicadezas, en todos sus misterios, y no tenemos mas que una palabra vaga y abstracta para decir qué es la hermosura. Este es el triunfo de la pintura; ella espresa con un rasgo, conserva siglos y siglos la arrebatadora impresion de un rostro de muger, de quien el poeta solo puede decir: *Es hermosa*, y es preciso creerle sobre su palabra—pero su palabra no pinta.

Estaba, pues, la doncella sentada en la alfombra, con las piernas cruzadas á la manera oriental, apoyado el codo sobre la rodilla de su madre, el rostro un poco inclinado hácia atras, ora alzando sus azules ojos para espresar á su madre el candoroso asombro que le causaba nuestro aspecto y nuestras palabras, ora fijándolos en nosotros con graciosa curiosidad, luego bajándolos involuntariamente y ocultándolos bajo la larga seda de sus negras pestañas, miéntras que un nuevo carmin coloraba sus mejillas ó vagaba en sus labios una ligera sonrisa mal contenida. Nuestro singular atavío era nuevo para ella, y la estrañeza de nuestros usos la tenia en continua admriacion; en vano su madre la hacia señas, para que no manifestase su sorpresa, por miedo de ofendernos; la sencillez y el candor de sus impresiones se revelaban á pesar suyo, en aquel rostro de diez y seis años, y su alma se pintaba en cada espresion de sus facciones con tal

gracia, con tal transparencia, que se veía su pensamiento bajo su cútis antes de que ella misma lo sospechase. Los pocos rayos del sol que se deslizan por entre la sombra sobre una agua límpida, son ménos móviles y diáfanos que aquella fisonomía, de la que no podíamos desprender nuestros ojos, y cuyo solo aspecto, que ninguno de nosotros olvidará jamas, nos hacia ya descansar de todas nuestras fatigas.

La señorita Malagamba tiene aquel género de hermosura que no se puede encontrar mas que en el Oriente:—la forma perfecta, como lo es en la estatua griega;—el alma revelada en la mirada, como en las razas del Mediodía;—y la sencillez en la espresion, como no ecsiste mas que entre los pueblos primitivos: cuando estas tres condiciones de la hermosura se reunen en una muger, y se armonizan en un rostro con la primera flor de la adolescencia; cuando el pensamiento vagaroso y errante en la mirada ilumina dulcemente con sus húmedos rayos unos ojos que se dejan leer hasta el fondo del alma, porque la inocencia no sospecha que haya que ocultar nada; cuando la delicadeza de los contornos, la pureza virginal de las líneas, la elegancia y la morbidez de las formas revelan á la vista aquella voluptuosa sensibilidad del ser nacido para amar, y mezclan de tal suerte el alma y los sentidos que no sabe uno, cuando los contempla,

si siente ó si admira, entónces la hermosura es completa, y se experimenta, á su aspecto, aquella cumplida satisfaccion de los sentidos y del corazon, aquella armonía de goces que no es lo que llamamos amor; pero que es el amor de la inteligencia, el amor del artista, el amor del genio á una obra perfecta. Se dice uno á sí mismo: aquí se está bien, —y no puede arrancarse de aquel sitio donde acaba de sentarse con indiferencia; tan cierto es que lo bello es la luz del espíritu y el invencible atractivo del corazon!

Su traje oriental realizaba singularmente los encantos de su persona; sus largos cabellos, de un color rubio subido y ligeramente dorados, estaban prendidos en mil trenzas que caian por ambos lados sobre sus espaldas desnudas; una confusa mezcla de perlas, de zequíes de oro ensartados, de flores blancas y coloradas, cubria sus cabellos, como si una mano llena de estos objetos se hubiera abierto á la casualidad sobre aquella cabeza, y hubiera derramado sobre ella sin eleccion aquella lluvia de flores y joyas: todo le sentaba bien,—nada puede deslucir una cabeza de quince años: su pecho estaba descubierto, segun la costumbre de las mugeres de Arabia; una túnica de muselina bordada de flores de plata, estaba ceñida con un chal alrededor de su cintura; sus brazos estaban metidos en las mangas flotantes y abiertas hasta el codo de una chaqueta de paño verde, cuyas dos solapas pen-

dian libremente sobre las caderas; anchos pantalones de mil pliegues completaban aquel traje, y ceñian sus piernas desnudas encima de los tobillos dos manijas de plata cincelada: una de aquellas manijas estaba adornada de cascabelillos de plata, cuyo ruido acompañaba el movimiento de sus piés. Ningun poeta ha pintado jamas tan hechicera aparicion: la Aidé de lord Byron, en Don Juan, tiene algo de la señorita de Malagamba; pero dista muchísimo de aquella perfeccion, de gracia, de inocencia, de dulce turbacion, de voluptuosa languidez y de espléndida serenidad que se confunden en aquel semblante todavía infantil.

La grabo en mi memoria para pintarla mas adelante, como el tipo de la belleza y del amor puros, en el poema en que quiero consagrar mis impresiones.

Hermoso cuadro hubiera podido hacer un pintor, si hubiera habido alguno entre nosotros, copiando aquella escena de viage. Nuestros vestidos turcos, ricos y pintorescos; nuestras armas de todas especies, tiradas por el suelo alrededor nuestro; nuestros lebreles tendidos á nuestros piés; aquellas tres mugeres sentadas al uso oriental en frente de nosotros sobre una alfombra de Alepo; sus actitudes llenas de sencillez, de originalidad y de molicie, la expresion de sus fisonomías mientras yo les contaba mis viages, ó comparábamos nuestros usos de Europa con el género de la hospitali-

dad que nos ofrecian; los pebetes de perfumes que ardian en un rincon embalsamando el aire de la tarde; las formas antiguas de los vasos en que se nos ofrecian los sorbetes ó las bebidas aromatizadas; todo esto en medio de una estancia desmantelada, abierta sobre el mar, y donde las ramas de una palmera que habia en el patio se introducian por anchas aberturas sin ventana. Siento no llevar este recuerdo para mis amigos como lo llevo en mi imaginacion.

Madama Malagamba, la madre, es griega y natural de la isla de Chipre, donde se casó, á la edad de catorce años, con el señor Malagamba, acaudalado comerciante franco, que era al mismo tiempo cónsul en Larnaca. Desgracias y revoluciones arruinaron al señor Malagamba, por lo que fué á solicitar un empleo de agente consular en Acre, donde murió, dejando á su muger y cuatro hijos en la mayor miseria. (Su hijo, mozo notable por su honradez y su inteligencia, fué empleado por algunos cónsules, y obtuvo en fin el destino de agente consular de Cerdeña en Kaifá: con los escasos emolumentos de este precario empleo mantiene á su madre y á sus hermanas. La hermana mayor de la señorita Malagamba, no menos hermosa que la que tanto hemos admirado, inspiró, nos han dicho, una pasion tan viva á un jóven religioso del convento de Kaifá, que se fugó en un buque inglés, abrazó la religion protestante á fin de poder pe-

dirla en matrimonio, y probó todos los medios de robarla bajo diferentes disfraces: todavía, en la época de nuestra residencia, se le creia escondido en algun pueblo de la costa de Siria para ejecutar su proyecto; pero las autoridades turcas vigilaban la seguridad de aquella familia, y si los frailes, que ejercen sobre los religiosos de su Orden la justicia mas arbitraria é inflexible, llegasen á descubrir al fugitivo, expiaria en un eterno cautiverio el insensato amor que encendió en su corazon aquella fatal hermosura. No vimos á aquella hermana.

Acercábase la noche, y era preciso en fin arrancarnos al encantamiento de aquella recepcion, é ir á buscar un asilo en el convento del monte Carmelo: el señor Malagamba habia ido á anunciar á los padres los numerosos huéspedes que les llegaban. Pusímonos en pié y no tuvimos mas remedio para obedecer á los usos del país, que dejar á la señora y la señorita Malagamba acercar sus labios á nuestras manos, y volvimos á montar á caballo.

El monte Carmelo empieza á elevarse á algunos minutos de camino de Kaifá; subímonle por un camino bastante bueno, labrado en la peña;—cada paso que dábamos nos descubria un horizonte nuevo en el mar, en los collados de la Palestina y en las playas de la Idumea. A mitad del camino, encontramos uno de los padres del Carmelo, que, ha-



ce cuarenta años, habita una casilla que sirve de hospicio para los pobres en la ciudad de Kaifá, y que sube y baja dos veces por dia la montaña para ir á hacer oracion con sus hermanos. La dulce expresion de serenidad de alma y de alegría de corazon que brillaba en todas sus facciones, nos produjo una vivísima impresion;—esas expresiones de felicidad sosegada é inalterable nunca se encuentran mas que en los hombres de sencilla y trabajosa vida y de generosas resoluciones. La escala de felicidad es una escala descendente; mucha mas se halla en las humildes situaciones de la vida que en las posiciones elevadas. Dios da á los unos en felicidad interior lo que da á los otros en brillo, renombre y caudal. Mil veces he hecho la prueba de esta verdad;—entremos en un salon, busquemos el hombre cuyo rostro respira mayor suma de contentamiento íntimo, y preguntemos su nombre;—de cierto es un desconocido pobre y desatendido del mundo: dó quiera y en todo se revela la Providencia.

A la puerta del hermoso monasterio que se alza en la actualidad, todo construido de nuevo, y resplandeciente de blancura, en la mas aguda punta del tope del Carmelo, nos estaban aguardando dos padres, únicos moradores de aquel vasto y magnífico retiro de cenobitas. Recibiéronnos como á paisanos y amigos: pusieron á nuestra dispo-

sicion tres celdas provistas cada cual de una cama, mueble raro en Oriente, de una silla y de una mesa: nuestros árabes se establecieron con nuestros caballos en los espaciosos patios interiores del monasterio. Sirviéronnos una cena compuesta de pescado fresco y de verduras cultivadas entre las peñas de la montaña. Pasamos una noche deliciosa, despues de tantas fatigas, sentados en los anchos balcones que señorean el mar y las cavernas de los profetas. Una luna serena flotaba sobre las olas cuyo murmullo y cuya frescura subian hasta nosotros. Prometímonos pasar en aquel asilo todo el dia siguiente, para que descansasen nuestros caballos y renovar nuestras provisiones, supiéramos á entrar en un pais nuevo donde ya no halláramos pueblos ni aun aldeas, y muy rara vez manantiales de agua dulce, y veíamos estenderse delante de nosotros cinco dias de desierto.

22 de Octubre de 1832.

Dia de descanso pasado en el monasterio del monte Carmelo ó empleado, en recorrer los puntos bellos de la montaña y las grutas de Elias y de los profetas. La principal de estas grutas, evidentemente labrada por mano del hombre en la roca mas dura, es una sala de prodigiosa elevacion; no

tiene mas vista que el mar sin límites, y no se oye en ella mas ruido que el de las olas que se estrellan sin cesar en la vertiente del monte. Las tradiciones dicen que aquella era la escuela donde Elías enseñaba las ciencias de los misterios y de las altas poesías. Admirablemente elegido estaba el sitio, y la voz del anciano profeta, maestro de toda una innumerable generacion de profetas, debía resonar magestuosamente en el hueco seno de la montaña que surcaba con tantos prodigios, y à la que ha dejado su nombre! La historia de Elías es una de las maravillosas historias de la antigüedad sagrada.

Elías es el gigante de los bardos sagrados. Cuando lee uno su vida y sus terribles venganzas, parece que aquel hombre tenia por alma el rayo del Señor, y que el elemento en que fué arrebatado al cielo era su elemento natural.—Magnífica figura, lírica ó épica para el poema de los antiguos misterios de la civilizacion judáica.—En todo, la época de los profetas, considerada históricamente, es una de las épocas ménos inteligibles de la vida de ese pueblo fugitivo: se ve sin embargo, y sobre todo en la época de Elías, la clave de aquella singular organizacion del cuerpo de los profetas, que evidentemente era una clase santa y letrada, siempre en oposicion con los reyes;—tribunos sagrados del pueblo, que le sublevaban ó le sosegaban con cantos, parábolas y amenazas;—que for-

maban facciones en Israel, como la palabra y la prensa las forman entre nosotros;—que guerrearban unos contra otros, primero con el filo de su palabra, luego con la lapidacion ó la espada,—que se esterminaban de la faz de la tierra, como vemos à Elías esterminarlos à centenares;—que luego sucumbia á su vez, abriendo paso á otros bomina-dores del pueblo. Jamas la poesía, propiamente tal, ha hecho un papel tan grande en el drama político, en las destinos de la civilizacion: la razon ó la pasion, segun que eran falsos ò verdaderos profetas, no hablaba por sus bocas, mas que la enérgica y armoniosa lengua de las imágenes. No habia entre ellos oradores como en Atenas ó en Roma; ¡el orador es demasiado hombre! — no habia mas que himnos y lamentaciones; el poeta es divino.

¡Qué imaginacion ardiente, acalorada, delirante, no supone en semejante pueblo semejante dominio de la palabra cantada! Y ¿cómo admirarse de que independientemente del alto sentido religioso que encerraban aquellas poesías, hayan sido un monumento tan acabado, tan inimitable, de genio y de gracia?—El premio de los poetas entonces era la sociedad misma. Su inspiracion les sometia el pueblo, al que impulsaban, á merced de su albedric, al crimen ó al heroismo; hacian temblar á los reyes culpables, les echaban la ceniza á la frente, ó despertaban el patriotismo en el pecho de sus con-